



Arthur Conan Doyle
Los Hacendados
de Reigate

E LEJANDRIA

Arthur Conan Doyle
Los Hacendados
de Reigate



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LOS HACENDADOS DE REIGATE

ARTHUR CONAN DOYLE

PUBLICADO: 1893

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

EDICIÓN: A. L. BURT COMPANY, NEW YORK, 1894

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

LOS HACENDADOS DE REIGATE

ARTHUR CONAN DOYLE

Pasó algún tiempo antes de que la salud de mi amigo, el señor Sherlock Holmes, se recuperara del esfuerzo causado por sus inmensas actividades en la primavera del '87. Toda la cuestión de la Compañía Holanda-Sumatra y de los colosales planes del Barón Maupertuis son demasiado recientes en la mente del público, y están demasiado íntimamente relacionados con la política y las finanzas como para ser temas adecuados para esta serie de bocetos. Sin embargo, condujeron, de manera indirecta, a un problema singular y complejo que le dio a mi amigo la oportunidad de demostrar el valor de una nueva arma entre las muchas con las que libraba su batalla de toda la vida contra el crimen.

Al referirme a mis notas, veo que fue el 14 de abril cuando recibí un telegrama de Lyons que me informaba que Holmes estaba enfermo en el Hotel Dulong. En menos de veinticuatro horas, estaba en su habitación, y me alivió encontrar que no había nada formidable en sus síntomas. Sin embargo, incluso su constitución de hierro se había derrumbado bajo la tensión de una investigación que se había extendido por dos meses, durante los cuales nunca trabajó menos de quince horas al día y, en más de una ocasión, como me aseguró, se mantuvo en su tarea durante cinco días seguidos. Incluso el triunfante resultado de sus labores no pudo salvarlo de la

reacción tras un esfuerzo tan terrible, y en un momento en que Europa resonaba con su nombre y cuando su habitación estaba literalmente llena hasta los tobillos de telegramas de felicitación, lo encontré presa de la más negra depresión. Incluso el conocimiento de que había tenido éxito donde la policía de tres países había fallado, y que había superado en cada punto al estafador más consumado de Europa, fue insuficiente para sacudirlo de su prostración nerviosa.

Tres días después, estábamos de regreso juntos en Baker Street; pero era evidente que mi amigo se beneficiaría mucho de un cambio, y la idea de una semana de primavera en el campo también estaba llena de atractivos para mí. Mi viejo amigo, el coronel Hayter, que había estado bajo mi cuidado profesional en Afganistán, había tomado ahora una casa cerca de Reigate en Surrey, y me había pedido con frecuencia que lo visitara. En la última ocasión, había comentado que si mi amigo viniera conmigo, estaría encantado de extender su hospitalidad a él también. Se necesitaba un poco de diplomacia, pero cuando Holmes entendió que el establecimiento era uno de soltero y que se le permitiría la plena libertad, aceptó mis planes y una semana después de nuestro regreso de Lyons, estábamos bajo el techo del coronel. Hayter era un buen viejo soldado que había visto mucho del mundo, y pronto descubrió, como había esperado, que Holmes y él tenían mucho en común.

En la tarde de nuestra llegada, estábamos sentados en la sala de armas del coronel después de la cena. Holmes se estiraba en el sofá, mientras Hayter y yo revisábamos su pequeño arsenal de armas orientales.

—Por cierto —dijo de repente—, creo que llevaré una de estas pistolas arriba conmigo por si tenemos una alarma.

—¿Una alarma? —respondí.

—Sí, hemos tenido sustos en esta zona últimamente. El viejo Acton, que es uno de nuestros magnates del condado, tuvo su casa

robada el lunes pasado. No se hizo mucho daño, pero los tipos aún están sueltos.

—¿Sin pistas? —preguntó Holmes, lanzando una mirada al coronel.

—Ninguna hasta ahora. Pero el asunto es menor, uno de nuestros pequeños crímenes campestres, que debe parecer demasiado insignificante para tu atención, señor Holmes, después de este gran asunto internacional. —Holmes desestimó el cumplido, aunque su sonrisa mostraba que le había complacido.

—¿Hubo alguna característica de interés?

—Creo que no. Los ladrones saquearon la biblioteca y obtuvieron muy poco por su esfuerzo. Todo el lugar estaba revuelto, los cajones abiertos de par en par y las armerías saqueadas, con el resultado de que un volumen extraño de 'Homer' de Pope, dos candelabros plateados, un pisapapeles de marfil, un pequeño barómetro de roble y una bola de cordel son todo lo que ha desaparecido.

—¡Qué colección tan extraordinaria! —exclamé.

—Oh, evidentemente los tipos agarraron todo lo que pudieron.

Holmes gruñó desde el sofá.

—La policía del condado debería hacer algo al respecto —dijo—; claro está que es obvio que—

Pero yo levanté un dedo de advertencia.

—Estás aquí para descansar, querido amigo. Por el amor de Dios, no empieces con un nuevo problema cuando tus nervios están hechos trizas.

Holmes se encogió de hombros con una mirada de resignación cómica hacia el coronel, y la conversación se desvió hacia temas menos peligrosos.

Sin embargo, estaba destinado que toda mi precaución profesional se desperdiciara, pues a la mañana siguiente el problema se nos impuso de tal manera que era imposible ignorarlo, y nuestra visita al

campo tomó un giro que ninguno de los dos podría haber anticipado. Estábamos en el desayuno cuando el mayordomo del coronel irrumpió en la habitación con toda su propiedad destrozada.

—¿Ha oído las noticias, señor? ¡En la casa de los Cunningham!

—¡Robo! —exclamó el coronel, con la taza de café en el aire.

—¡Asesinato!

El coronel silbó. —¡Por Júpiter! —dijo—. ¿Quién ha matado, entonces? ¿El J.P. o su hijo?

—Ninguno, señor. Fue William, el cochero. Disparado por el corazón, señor, y nunca volvió a hablar.

—¿Quién lo disparó, entonces?

—El ladrón, señor. Se escapó como un rayo y huyó limpio. Acababa de entrar por la ventana de la despensa cuando William lo sorprendió y encontró su final al salvar la propiedad de su amo.

—¿A qué hora?

—Fue anoche, señor, alrededor de las doce.

—Ah, entonces, lo resolveremos después —dijo el coronel, asentándose con frialdad nuevamente en su desayuno—. Es un asunto desagradable —añadió cuando el mayordomo se había ido—; es nuestro principal empleado aquí, el viejo Cunningham, y un tipo muy decente también. Se lo van a lamentar por esto, ya que el hombre ha estado en su servicio durante años y era un buen sirviente. Evidentemente, son los mismos villanos que entraron en la casa de Acton.

—Y robaron esa colección tan singular —dijo Holmes, pensativo.

—Precisamente.

—Hum... Puede resultar ser el asunto más simple del mundo, pero igual, a primera vista, esto es un poco curioso, ¿no? Se podría esperar que una banda de ladrones que actúa en el campo variara el lugar de sus operaciones y no asaltara dos casas en el mismo distrito

en pocos días. Cuando hablaste anoche de tomar precauciones, recuerdo que se me pasó por la mente que probablemente este era el último párroco en Inglaterra al que el ladrón o los ladrones prestarían atención, lo que demuestra que aún tengo mucho que aprender.

—Creo que es algún practicante local —dijo el coronel—. En ese caso, por supuesto, Acton y Cunningham son los lugares a los que iría, ya que son, con mucho, los más grandes de aquí.

—¿Y los más ricos?

—Bueno, deberían serlo, pero han tenido una demanda durante algunos años que ha agotado los fondos de ambos, creo. El viejo Acton tiene algún reclamo sobre la mitad de la herencia de Cunningham, y los abogados han estado trabajando arduamente con ambos.

—Si es un villano local, no debería haber mucha dificultad en atraparlo —dijo Holmes bostezando—. Muy bien, Watson, no tengo intención de entrometerme.

—Inspector Forrester, señor —dijo el mayordomo, abriendo la puerta de par en par.

El oficial, un joven apuesto y de rostro agudo, entró en la habitación. —Buenos días, coronel —dijo—; espero no entrometerme, pero oímos que el señor Holmes de Baker Street está aquí.

El coronel señaló con la mano hacia mi amigo, y el inspector hizo una reverencia.

—Pensamos que tal vez le gustaría pasar, señor Holmes.

—Los destinos están en contra de ti, Watson —dijo riendo—. Estábamos charlando sobre el asunto cuando entraste, inspector. Tal vez puedas darnos algunos detalles. —Mientras se recostaba en su silla con la actitud familiar, supe que el caso era desesperado.

—No teníamos pistas en el asunto de Acton. Pero aquí tenemos muchas en qué basarnos, y no hay duda de que es la misma parte en cada caso. Se vio al hombre.

—¡Ah!

—Sí, señor. Pero se escapó como un ciervo después de que se disparara el tiro que mató al pobre William Kirwan. El señor Cunningham lo vio desde la ventana del dormitorio, y el señor Alec Cunningham lo vio desde el pasillo trasero. Eran las doce menos cuarto cuando sonó la alarma. El señor Cunningham acababa de meterse en la cama, y el señor Alec estaba fumando una pipa en su bata. Ambos escucharon al cochero William pedir ayuda, y el señor Alec bajó corriendo para ver qué pasaba. La puerta trasera estaba abierta, y al llegar al pie de las escaleras vio a dos hombres forcejeando afuera. Uno de ellos disparó, el otro cayó, y el asesino corrió por el jardín y sobre la cerca. El señor Cunningham, mirando desde su dormitorio, vio al tipo al ganar el camino, pero lo perdió de vista de inmediato. El señor Alec se detuvo para ver si podía ayudar al hombre moribundo, y así el villano huyó limpio. Más allá del hecho de que era un hombre de estatura media y vestido con algo oscuro, no tenemos ninguna pista personal; pero estamos haciendo investigaciones enérgicas, y si es un extraño, pronto lo descubriremos.

—¿Qué hacía William allí? ¿Dijo algo antes de morir?

—Ni una palabra. Vive en la cabaña con su madre, y como era un tipo muy fiel, imaginamos que caminó hasta la casa con la intención de asegurarse de que todo estuviera bien allí. Por supuesto, este asunto de Acton ha puesto a todos en guardia. El ladrón debe haber forzado la puerta justo cuando William lo sorprendió —dijo él, señalando hacia el rostro de Holmes—.

—¿Dijo algo William a su madre antes de salir?

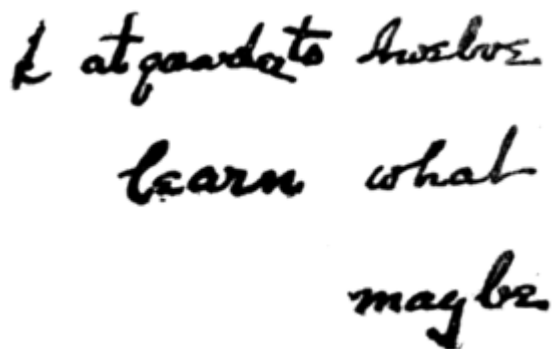
—Ella es muy vieja y sorda, y no podemos obtener información de ella. El shock la ha dejado medio tonta, pero entiendo que nunca fue

muy lista. Sin embargo, hay una circunstancia muy importante. ¡Mira esto!

Tomó un pequeño trozo de papel rasgado de un cuaderno y lo extendió sobre su rodilla.

—Esto se encontró entre el dedo y el pulgar del hombre muerto. Parece ser un fragmento arrancado de una hoja más grande. Notarás que la hora mencionada en él es la misma en la que el pobre tipo encontró su destino. Ves que su asesino podría haberle arrancado el resto de la hoja o podría haber tomado este fragmento del asesino. Se lee casi como si fuera una cita.

Holmes recogió el trozo de papel, una réplica de la cual se reproduce aquí.



at guard to the door
learn what
maybe

—Presumiendo que es una cita —continuó el Inspector—, es, por supuesto, una teoría concebible que este William Kirwan —aunque tenía la reputación de ser un hombre honesto— pudiera haber estado en connivencia con el ladrón. Puede que se haya encontrado con él allí, incluso puede que lo haya ayudado a forzar la puerta, y luego quizá se hayan peleado entre ellos mismos.

—Esta escritura es de un interés extraordinario —dijo Holmes, que la había estado examinando con intensa concentración—. Estas son aguas mucho más profundas de lo que había pensado. —Hundió la cabeza sobre sus manos, mientras el Inspector sonreía ante el efecto que su caso había tenido sobre el famoso especialista londinense.

—Tu última observación —dijo Holmes, posteriormente—, sobre la posibilidad de que existiera un entendimiento entre el ladrón y el

serviente, y que esto fuera una nota de cita de uno al otro, es una suposición ingeniosa y no del todo imposible. Pero esta escritura abre—

Se hundió la cabeza nuevamente entre sus manos y permaneció durante algunos minutos en el pensamiento más profundo. Cuando levantó el rostro de nuevo, me sorprendió ver que su mejilla estaba sonrojada y sus ojos brillaban como antes de su enfermedad. Se puso de pie con toda su antigua energía.

—Te diré qué —dijo—, me gustaría echar un vistazo tranquilo a los detalles de este caso. Hay algo en ello que me fascina enormemente. Si me lo permites, Coronel, dejaré a mi amigo Watson y a ti, y daré una vuelta con el Inspector para probar la verdad de una o dos pequeñas ideas mías. Estaré con ustedes de nuevo en media hora.

Había transcurrido una hora y media antes de que el Inspector regresara solo.

—El señor Holmes está caminando de un lado a otro en el campo afuera —dijo—. Quiere que los cuatro vayamos juntos a la casa.

—¿A la del señor Cunningham?

—Sí, señor.

—¿Para qué?

El Inspector se encogió de hombros. —No lo sé del todo, señor. Entre nosotros, creo que el señor Holmes aún no se ha recuperado completamente de su enfermedad. Se ha estado comportando de manera muy extraña y está muy excitado.

—No creo que necesites alarmarte —dije—. Siempre he encontrado que hay método en su locura.

—Algunas personas podrían decir que hay locura en su método —murmuró el Inspector—. Pero está todo encendido para salir, Coronel, así que será mejor que salgamos si estás listo.

Encontramos a Holmes paseando de un lado a otro en el campo, con la barbilla hundida en su pecho y las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones.

—El asunto se vuelve más interesante —dijo—. Watson, tu viaje al campo ha sido un éxito distintivo. He tenido una mañana encantadora.

—Has ido al lugar del crimen, entiendo —dijo el Coronel.

—Sí; el Inspector y yo hemos hecho una pequeña investigación juntos.

—¿Algún éxito?

—Bueno, hemos visto cosas muy interesantes. Te diré qué hicimos mientras caminábamos. Primero que todo, vimos el cuerpo de este desafortunado hombre. Ciertamente murió por una herida de revólver, como se informó.

—¿Lo habías dudado, entonces?

—Oh, es bueno probar todo. Nuestra inspección no fue en vano. Luego tuvimos una entrevista con el señor Cunningham y su hijo, quienes pudieron señalar el lugar exacto donde el asesino había atravesado la cerca del jardín al huir. Eso fue de gran interés.

—Naturalmente.

—Luego echamos un vistazo a la madre de este pobre hombre. No pudimos obtener información de ella, sin embargo, ya que es muy vieja y débil.

—¿Y cuál es el resultado de tus investigaciones?

—La convicción de que el crimen es muy peculiar. Quizás nuestra visita ahora pueda hacer algo para que sea menos oscuro. Creo que ambos estamos de acuerdo, Inspector, en que el fragmento de papel en la mano del hombre muerto, que lleva, como lo hace, la misma hora de su muerte escrita en él, es de extrema importancia.

—Debería dar una pista, señor Holmes.

—Da una pista. Quienquiera que haya escrito esa nota fue el hombre que sacó a William Kirwan de su cama a esa hora. Pero ¿dónde está el resto de esa hoja de papel?

—Examiné el terreno cuidadosamente con la esperanza de encontrarlo —dijo el Inspector.

—Fue arrancado de la mano del hombre muerto. ¿Por qué alguien estaría tan ansioso por hacerse con él? Porque lo incriminaba. ¿Y qué haría con él? Lo metería en su bolsillo, lo más probable, sin notar que un rincón quedó en el agarre del cadáver. Si pudiéramos conseguir el resto de esa hoja, es obvio que habríamos avanzado mucho en resolver el misterio.

—Sí, pero ¿cómo podemos acceder al bolsillo del criminal antes de atrapar al criminal?

—Bueno, bueno, valió la pena pensarlo. Luego hay otro punto obvio. La nota fue enviada a William. El hombre que la escribió no podría haberla tomado; de lo contrario, por supuesto, podría haber entregado su propio mensaje de boca en boca. ¿Quién trajo la nota, entonces? ¿O vino por correo?

—He hecho averiguaciones —dijo el Inspector—. William recibió una carta por el correo de la tarde ayer. El sobre fue destruido por él.

—¡Excelente! —exclamó Holmes, dando una palmada en la espalda al Inspector—. Has visto al cartero. Es un placer trabajar contigo. Bueno, aquí está la cabaña, y si vienes, Coronel, te mostraré la escena del crimen.

Pasamos la bonita casita donde vivía el hombre asesinado y caminamos por una avenida bordeada de robles hasta la fina casa antigua de la Reina Ana, que lleva la fecha de Malplaquet en el dintel de la puerta. Holmes y el Inspector nos guiaron alrededor hasta que llegamos a la puerta lateral, que está separada por un tramo de jardín de la cerca que bordea la carretera. Un agente de policía estaba parado en la puerta de la cocina.

—Abre la puerta, oficial —dijo Holmes—. Ahora, fue en esas escaleras donde el joven señor Cunningham se detuvo y vio a los dos hombres forcejeando justo donde estamos. El viejo señor Cunningham estaba en esa ventana —la segunda a la izquierda— y vio al tipo escapar justo a la izquierda de ese arbusto. Luego el señor Alec salió corriendo y se arrodilló junto al hombre herido. El suelo está muy duro, ves, y no hay marcas que nos guíen. — Mientras hablaba, dos hombres bajaron por el sendero del jardín, redondeando la esquina de la casa. Uno era un hombre mayor, con un rostro fuerte, profundamente surcado y ojos pesados; el otro, un joven elegante, cuya expresión brillante y sonriente y su vestimenta ostentosa contrastaban extrañamente con el negocio que nos había traído allí.

—¿Todavía en ello, entonces? —dijo al Holmes—. Pensé que ustedes los londinenses nunca cometían errores. No parecen ser tan rápidos, después de todo.

—Ah, deben darnos un poco de tiempo —dijo Holmes de buen humor.

—Lo necesitarán —dijo el joven Alec Cunningham—. Mira, no veo que tengamos alguna pista en absoluto.

—Solo hay una —respondió el Inspector—. Pensamos que si tan solo pudiéramos encontrar—¡Dios mío, señor Holmes! ¿Qué pasa?

La cara de mi pobre amigo había asumido de repente la expresión más terrible. Sus ojos se elevaron, sus rasgos se retorcieron en agonía, y con un gemido reprimido cayó de bruces al suelo. Horrorizados por la repentina y severa ataque, lo llevamos a la cocina, donde yació reclinado en una silla grande, respirando con dificultad durante algunos minutos. Finalmente, con una disculpa avergonzada por su debilidad, se levantó una vez más.

—Watson te diría que acabo de recuperarme de una enfermedad grave —explicó—. Soy propenso a estos ataques nerviosos repentinos.

—¿Te envió a casa en mi carruaje? —preguntó el viejo Cunningham.

—Bueno, ya que estoy aquí, hay un punto sobre el cual me gustaría estar seguro. Podemos verificarlo muy fácilmente.

—¿Cuál fue?

—Bueno, me parece que es posible que la llegada de este pobre William no haya sido antes, sino después, de la entrada del ladrón en la casa. Parece que das por sentado que, aunque la puerta fue forzada, el ladrón nunca entró.

—Me parece que eso es bastante obvio —dijo el señor Cunningham, gravemente—. ¿Por qué, mi hijo Alec aún no se había ido a la cama, y ciertamente habría escuchado a cualquiera moverse.

—¿Dónde estaba sentado?

—Estaba fumando en mi sala de estar.

—¿Qué ventana es esa?

—La última a la izquierda, junto a la de mi padre.

—Ambas lámparas estaban encendidas, por supuesto?

—Indudablemente.

—Hay algunos puntos muy singulares aquí —dijo Holmes, sonriendo—. ¿No es extraordinario que un robo —y un ladrón que había tenido algo de experiencia previa— deliberadamente forzara una casa en un momento en que podía ver por las luces que dos de la familia aún estaban en pie?

—Debe haber sido un hombre frío.

—Bueno, por supuesto, si el caso no fuera extraño, no habríamos sido llevados a pedirte una explicación —dijo el joven señor Alec—. Pero en cuanto a tus ideas de que el hombre había robado la casa antes de que William lo abordara, creo que es una noción más bien

absurda. ¿No habríamos encontrado el lugar desordenado y extrañado las cosas que había tomado?

—Depende de qué cosas fueran —dijo Holmes—. Debes recordar que estamos tratando con un ladrón muy peculiar, y que parece trabajar según sus propias líneas. Mira, por ejemplo, el grupo extraño de cosas que tomó de Acton—¿qué era?—una bola de cuerda, un pisapapeles, y no sé qué otros objetos.

—Bueno, estamos completamente a tu disposición, señor Holmes —dijo el viejo Cunningham—. Cualquier cosa que tú o el Inspector sugieran, ciertamente se hará.

—En primer lugar —dijo Holmes—, me gustaría que ofrecieras una recompensa —proveniente de ti mismo, pues los oficiales podrían tardar un poco antes de acordar la suma, y estas cosas no pueden hacerse con demasiada rapidez. He anotado el formulario aquí, si no te importa firmarlo. Cincuenta libras fueron bastante suficientes, pensé.

—Con gusto daría quinientas —dijo el J.P., tomando el papel y el lápiz que Holmes le había entregado—. Sin embargo, esto no es del todo correcto —añadió, echando un vistazo al documento.

—Lo escribí un poco apresuradamente.

—Ves, comienzas, "Considerando que, alrededor de la una y cuarto del martes por la mañana, se intentó," y así sucesivamente. En realidad, fue a las doce y cuarto.

Me dolió la equivocación, pues sabía cuán intensamente Holmes sentiría cualquier desliz de este tipo. Era su especialidad ser preciso en los hechos, pero su reciente enfermedad lo había sacudido, y este pequeño incidente fue suficiente para mostrarme que aún estaba lejos de ser él mismo. Obviamente estaba avergonzado por un instante, mientras el Inspector levantaba las cejas y Alec Cunningham estallaba en una risa. Sin embargo, el viejo caballero corrigió el error y devolvió el papel a Holmes.

—Haz que lo impriman lo antes posible —dijo—; creo que tu idea es excelente.

Holmes guardó cuidadosamente el papel en su monedero.

—Y ahora —dijo—, realmente sería bueno que todos revisáramos la casa juntos y nos aseguráramos de que este ladrón algo errático no se llevara nada al final.

Antes de entrar, Holmes examinó la puerta que había sido forzada. Era evidente que se había clavado un cincel o un cuchillo fuerte, y la cerradura se había forzado hacia atrás con él. Podíamos ver las marcas en la madera donde se había empujado.

—¿No usan barras, entonces? —preguntó.

—Nunca hemos encontrado la necesidad.

—¿No tienen perro?

—Sí, pero está encadenado al otro lado de la casa.

—¿A qué hora se acuestan los sirvientes?

—Alrededor de las diez.

—Entiendo que William también solía estar en cama a esa hora.

—Sí.

—Es singular que en esta noche en particular él haya estado despierto. Ahora, me encantaría que tuvieras la amabilidad de mostrarnos la casa, señor Cunningham.

Un pasaje con suelo de piedra, con las cocinas ramificándose desde él, conducía por una escalera de madera directamente al primer piso de la casa. Salía al descansillo opuesto a una segunda escalera más ornamental que subía desde el hall delantero. De este descansillo se abrían la sala de estar y varias habitaciones, incluidas las del señor Cunningham y su hijo. Holmes caminaba lentamente, tomando nota aguda de la arquitectura de la casa. Podía decir por su expresión que estaba siguiendo una pista caliente, y sin embargo, no podía imaginar en qué dirección lo estaban llevando sus inferencias.

—Mi buen señor —dijo el señor Cunningham con cierta impaciencia—, esto es seguramente muy innecesario. Esa es mi habitación al final de las escaleras, y la de mi hijo es la que está más allá. Dejo a tu juicio si fue posible que el ladrón hubiera entrado aquí sin molestarnos.

—Debes intentar dar una vuelta y seguir una pista fresca, me parece —dijo el hijo con una sonrisa algo maliciosa.

—Aún así, debo pedirte que me entretengas un poco más. Me gustaría, por ejemplo, ver hasta qué punto las ventanas de las habitaciones dominan la fachada. Esta, entiendo, es la habitación de tu hijo —empujó la puerta— y esa, supongo, es la sala de estar en la que estaba sentado fumando cuando se dio la alarma. ¿A dónde mira esa ventana? —Cruzó la habitación, empujó la puerta y echó un vistazo a la otra cámara.

—¿Espero que ahora estés satisfecho? —dijo el señor Cunningham, con amargura.

—Gracias, creo que he visto todo lo que deseaba.

—Entonces, si realmente es necesario, podemos entrar en mi habitación.

—Si no es mucha molestia.

El J.P. se encogió de hombros y condujo el camino hacia su propia cámara, que era una habitación sencillamente amueblada y común. Mientras nos movíamos hacia ella en dirección a la ventana, Holmes retrocedió hasta que él y yo fuimos los últimos del grupo. Cerca del pie de la cama había un platito de naranjas y una jarra de agua. Al pasar por él, Holmes, para mi indescriptible asombro, se inclinó delante de mí y deliberadamente hizo caer todo. El vaso se rompió en mil pedazos y la fruta rodó hacia cada rincón de la habitación.

—Lo has hecho ahora, Watson —dijo con frialdad—. Has hecho un lindo desastre en la alfombra.

Me incliné con cierta confusión y comencé a recoger la fruta, entendiendo por alguna razón que mi compañero deseaba que yo

asumiera la culpa. Los demás hicieron lo mismo y pusieron la mesa de nuevo sobre sus patas.

—¡Hullo! —exclamó el Inspector—, ¿a dónde se fue?

Holmes había desaparecido.

—Espera aquí un instante —dijo el joven Alec Cunningham—. El tipo está fuera de sí, en mi opinión. ¡Ven conmigo, padre, y veamos a dónde se ha ido!

Salieron corriendo de la habitación, dejando al Inspector, al Coronel y a mí mirándonos entre nosotros.

—Por mi palabra, estoy inclinado a estar de acuerdo con el señor Alec —dijo el oficial—. Puede ser efecto de esta enfermedad, pero me parece que—

Sus palabras fueron interrumpidas por un grito repentino de "¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Asesinato!" Con un estremecimiento reconocí la voz de mi amigo. Corrí frenéticamente de la habitación hacia el descansillo. Los gritos, que se habían convertido en un rugido ronco e inarticulado, provenían de la habitación que habíamos visitado primero. Entré corriendo y llegué a la sala de estar más allá. Los dos Cunningham se inclinaban sobre la figura prostrada de Sherlock Holmes, el joven sujetándose la garganta con ambas manos, mientras el mayor parecía estar torciendo una de sus muñecas. En un instante, los tres nos habíamos separado de él, y Holmes se tambaleó hasta ponerse de pie, muy pálido y evidentemente muy agotado.

—Arresten a estos hombres, Inspector —jadeó.

—¿Por qué cargo?

—Por asesinar a su cochero, William Kirwan.

El Inspector lo miró confundido. —Oh, vamos ahora, señor Holmes —dijo finalmente—, estoy seguro de que no quiere realmente—

—¡Tut, hombre, mira sus caras! —exclamó Holmes bruscamente.

Nunca ciertamente he visto una confesión más clara de culpabilidad en los rostros humanos. El hombre mayor parecía entumecido y aturdido con una expresión pesada y hosca en su rostro fuertemente marcado. El hijo, por otro lado, había perdido todo ese estilo juvenil y elegante que lo caracterizaba, y la ferocidad de una bestia salvaje peligrosa brillaba en sus ojos oscuros y distorsionaba sus rasgos atractivos. El Inspector no dijo nada, pero, acercándose a la puerta, silbó. Dos de sus agentes llegaron al llamado.

—No tengo alternativa, señor Cunningham —dijo—. Confío en que todo esto pueda resultar un error absurdo, pero ustedes pueden ver que—¡Ah, verdad! ¡Déjalo! —Golpeó con la mano, y un revólver que el joven estaba en el acto de amartillar cayó al suelo.

—Guarda eso —dijo Holmes, poniendo tranquilamente su pie sobre él—; lo encontrarás útil en el juicio. Pero esto es lo que realmente queríamos. —Alzó un pequeño trozo de papel arrugado.

—¡El resto de la hoja! —exclamó el Inspector.

—Precisamente.

—¿Y dónde estaba?

—Donde estaba seguro de que debía estar. Aclararé todo el asunto pronto. Creo, Coronel, que tú y Watson podrías regresar ahora, y estaré con ustedes de nuevo en una hora como mucho. El Inspector y yo debemos hablar con los prisioneros, pero ciertamente me verán de nuevo a la hora del almuerzo.

Sherlock Holmes cumplió su palabra, pues alrededor de la una en punto nos volvió a encontrar en la sala de estar del Coronel. Lo acompañaba un caballero anciano, a quien me presentaron como el señor Acton, cuya casa había sido la escena del robo original.

—Deseaba que el señor Acton estuviera presente mientras les demostraba este pequeño asunto —dijo Holmes—, pues es natural que él tome un interés agudo en los detalles. Me temo, querido

Coronel, que debas lamentar la hora que has pasado en una tormentosa petrel como yo.

—Al contrario —respondió calurosamente el Coronel—, considero que es el mayor privilegio haber podido estudiar tus métodos de trabajo. Confieso que superan bastante mis expectativas, y que soy totalmente incapaz de explicar tu resultado. Aún no he visto el rastro de una pista.

—Me temo que mi explicación pueda desilusionarte, pero siempre ha sido mi costumbre no ocultar ninguno de mis métodos, ni a mi amigo Watson ni a cualquiera que pudiera interesarse inteligentemente en ellos. Pero, primero, como estoy algo alterado por los golpes que recibí en la sala de estar, creo que me serviré de un trago de tu brandy, Coronel. Mi fuerza ha sido algo puesta a prueba últimamente.

—Confío en que no has tenido más de esos ataques nerviosos.

Sherlock Holmes rió de corazón. —Llegaremos a eso a su debido tiempo —dijo—. Presentaré un relato del caso ante ustedes en su debido orden, mostrando los diversos puntos que me guiaron en mi decisión. Por favor, interrumpáname si hay alguna inferencia que no les quede perfectamente clara.

—Es de la máxima importancia en el arte de la detección poder reconocer, de entre una serie de hechos, cuáles son incidentales y cuáles vitales. De lo contrario, tu energía y atención deben disiparse en lugar de concentrarse. Ahora, en este caso no hubo la más mínima duda en mi mente desde el principio de que la clave de todo el asunto debía buscarse en el trozo de papel en la mano del hombre muerto.

—Antes de entrar en esto, quisiera llamar su atención al hecho de que, si la narrativa del señor Alec Cunningham era correcta, y si el agresor, después de disparar a William Kirwan, había huido instantáneamente, entonces obviamente no podría ser él quien arrancara el papel de la mano del hombre muerto. Pero si no era él, debía haber sido el propio Alec Cunningham, pues para cuando el

viejo había descendido, varios sirvientes ya estaban en la escena. El punto es simple, pero el Inspector lo había pasado por alto porque había comenzado con la suposición de que estos magnates del condado no habían tenido nada que ver con el asunto. Ahora, hago hincapié en no tener nunca prejuicios y en seguir docilmente dondequiera que los hechos me lleven, y así, en la primera etapa de la investigación, me encontré mirando un poco de reojo la parte que había jugado el señor Alec Cunningham.

—Y ahora hice un examen muy cuidadoso del rincón del papel que el Inspector nos había presentado. Inmediatamente me quedó claro que formaba parte de un documento muy notable. Aquí está. ¿No observas ahora algo muy sugestivo al respecto?

—Tiene un aspecto muy irregular —dijo el Coronel.



«NO PUEDE HABER LA MENOR DUDA EN EL MUNDO DE QUE HA SIDO ESCRITO POR DOS PERSONAS».

—Mi querido señor —exclamó Holmes—, no puede haber la menor duda en el mundo de que ha sido escrito por dos personas alternando palabras. Cuando llamo su atención sobre las fuertes "t" de "at" y "to", y le pido que las compare con las débiles de "quarter"

y "twelve", reconocerá instantáneamente el hecho. Un análisis muy breve de estas cuatro palabras le permitiría decir con la máxima confianza que "learn" y "maybe" están escritas con la mano más fuerte, y "what" con la más débil.

—¡Por Júpiter, es tan claro como el día! —exclamó el Coronel—. ¿Por qué demonios dos hombres escribirían una carta de tal manera?

—Obviamente, el asunto fue malo, y uno de los hombres que desconfiaba del otro estaba decidido a que, sea lo que sea que se hiciera, cada uno tuviera una participación igual. Ahora bien, de los dos hombres, está claro que el que escribió el "at" y el "to" era el líder.

—¿Cómo llegas a eso?

—Podríamos deducirlo a partir del mero carácter de una mano comparada con la otra. Pero tenemos razones más seguras que eso para suponerlo. Si examinas este fragmento con atención, llegarás a la conclusión de que el hombre con la mano más fuerte escribió todas sus palabras primero, dejando espacios en blanco para que el otro las completara. Estos espacios no siempre eran suficientes, y puedes ver que el segundo hombre tuvo que encajar su "quarter" entre el "at" y el "to," lo que demuestra que estos ya estaban escritos. El hombre que escribió todas sus palabras primero es, sin duda, el que planeó el asunto.

—¡Excelente! —exclamó el señor Acton.

—Pero muy superficial —dijo Holmes—. Sin embargo, ahora llegamos a un punto que es de importancia. Puede que no sepa que la deducción de la edad de un hombre a partir de su escritura es algo que los expertos han desarrollado con considerable precisión. En casos normales, se puede ubicar a un hombre en su década verdadera con una confianza tolerable. Digo casos normales, porque la mala salud y la debilidad física reproducen los signos de la vejez, incluso cuando el inválido es joven. En este caso, al observar la mano audaz y fuerte de uno, y la apariencia algo encorvada del otro,

que aún retiene su legibilidad aunque las "t" han comenzado a perder sus cruces, podemos decir que uno era un joven y el otro estaba avanzado en años sin ser positivamente decrepito.

—¡Excelente! —exclamó de nuevo el señor Acton.

—Hay un punto adicional, sin embargo, que es más sutil y de mayor interés. Hay algo en común entre estas manos. Pertenecen a hombres que son parientes de sangre. Puede que sea más obvio para usted en las "e" griegas, pero para mí hay muchos pequeños puntos que indican lo mismo. No tengo ninguna duda de que se puede rastrear un manierismo familiar en estos dos ejemplos de escritura. Solo estoy, por supuesto, dándole los resultados principales ahora de mi examen del papel. Hubo veintitrés deducciones más que serían de más interés para los expertos que para usted. Todas tienden a profundizar la impresión en mi mente de que los Cunningham, padre e hijo, habían escrito esta carta.

—Habiendo llegado hasta aquí, mi siguiente paso fue, por supuesto, examinar en detalle el crimen y ver hasta qué punto nos ayudaría. Fui a la casa con el Inspector, y vi todo lo que había que ver. La herida sobre el hombre muerto fue, como pude determinar con absoluta confianza, disparada desde un revólver a una distancia de algo más de cuatro yardas. No había manchas de pólvora en la ropa. Evidentemente, por lo tanto, Alec Cunningham había mentido cuando dijo que los dos hombres estaban forcejeando cuando se disparó el tiro. Además, tanto el padre como el hijo estuvieron de acuerdo en cuanto al lugar donde el hombre escapó hacia la carretera. En ese punto, sin embargo, como sucede, hay un hoyo bastante ancho, húmedo en el fondo. Como no había indicios de marcas de botas alrededor de este hoyo, estaba absolutamente seguro no solo de que los Cunningham habían vuelto a mentir, sino de que nunca hubo ningún hombre desconocido en la escena en absoluto.

—Y ahora tengo que considerar el motivo de este crimen singular. Para llegar a esto, me esforcé primero en resolver la razón del robo original en la casa del señor Acton. Entendí, a partir de algo que el

Coronel nos dijo, que había una demanda en curso entre usted, señor Acton, y los Cunningham. Por supuesto, me ocurrió instantáneamente que habían entrado a su biblioteca con la intención de obtener algún documento que pudiera ser de importancia en el caso.

—Exactamente —dijo el señor Acton—. No puede haber ninguna duda posible sobre sus intenciones. Tengo la reclamación más clara sobre la mitad de su actual herencia, y si hubieran podido encontrar un solo papel —que, afortunadamente, estaba en la caja fuerte de mis abogados—, sin duda habrían paralizado nuestro caso.

—Ahí lo tienes —dijo Holmes sonriendo—. Fue un intento peligroso y temerario, en el que parece rastrear la influencia del joven Alec. Habiendo no encontrado nada, intentaron desviar la sospecha haciendo que pareciera un robo ordinario, para lo cual llevaron todo lo que pudieron. Eso está bastante claro, pero había mucho que todavía estaba oscuro. Lo que quería por encima de todo era obtener la parte faltante de esa nota. Estaba seguro de que Alec la había arrancado de la mano del hombre muerto, y casi seguro de que debía haberla metido en el bolsillo de su bata. ¿Dónde más podría haberla puesto? La única pregunta era si todavía estaba allí. Valió la pena el esfuerzo para averiguarlo, y con ese objetivo todos fuimos a la casa.

—Los Cunningham se unieron a nosotros, como sin duda recuerda, afuera de la puerta de la cocina. Fue, por supuesto, de la muy primera importancia que no se les recordara la existencia de este papel, de lo contrario, naturalmente, lo destruirían sin demora. El Inspector estaba a punto de decirles la importancia que le atribuíamos cuando, por la suerte más afortunada del mundo, tuve un ataque y cambié la conversación.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó el Coronel riendo—, ¿quieres decir que toda nuestra simpatía fue en vano y que tu ataque fue una impostura?

—Profesionalmente hablando, fue admirablemente hecho — exclamé yo, mirando con asombro a este hombre que siempre me confundía con alguna nueva fase de su astucia.

—Es un arte que a menudo es útil —dijo él—. Cuando me recuperé, logré, mediante un dispositivo que quizás tenía algún pequeño mérito de ingenio, que el viejo Cunningham escribiera la palabra "twelve" (doce), para que pudiera compararla con el "twelve" en el papel.

—¡Oh, qué idiota he sido! —exclamé.

—Podía ver que me estabas compadeciendo por mi debilidad — dijo Holmes riendo—. Lamentaba causarte el dolor de simpatía que sé que sentiste. Luego subimos juntos al piso de arriba, y habiendo entrado en la habitación y visto la bata colgando detrás de la puerta, me las arreglé, al voltear una mesa, para captar su atención por el momento, y me deslicé para examinar los bolsillos. Sin embargo, apenas tenía el papel —que, como esperaba, estaba en uno de ellos — cuando los dos Cunningham me alcanzaron, y habrían, en verdad lo creo, me habrían asesinado allí mismo si no hubiera sido por tu pronta y amigable ayuda. Como es, siento el agarre del joven sobre mi garganta ahora, y el padre ha torcido mi muñeca en el esfuerzo de sacar el papel de mi mano. Vieron que debía saber todo al respecto, ves, y el cambio repentino de absoluta seguridad a completa desesperación los hizo perfectamente desesperados.

—Tuve una pequeña charla con el viejo Cunningham después sobre el motivo del crimen —dijo—. Fue bastante tratable, aunque su hijo era un demonio perfecto, listo para volar el cerebro de sí mismo o de cualquiera si podía alcanzar su revólver. Cuando Cunningham vio que el caso en su contra era tan fuerte, perdió todo el corazón y confesó todo. Parece que William había seguido en secreto a sus dos amos la noche en que hicieron su incursión en la casa del señor Acton, y habiendo así obtenido su poder, procedió, bajo amenazas de exposición, a chantajearlos. Sin embargo, el señor Alec era un hombre peligroso para jugar juegos de ese tipo. Fue un golpe de genialidad positiva de su parte ver en el susto del robo que

estaba convulsionando el campo una oportunidad para deshacerse de manera plausible del hombre al que temía. William fue engañado y disparado, y si solo hubieran obtenido toda la nota y prestado un poco más de atención al detalle en los accesorios, es muy posible que nunca se hubiera suscitado sospecha.

—¿Y la nota? —pregunté.

Sherlock Holmes colocó el papel adjunto delante de nosotros.

“Si solo vienes a la puerta este

te sorprenderá mucho y será de gran

ayuda para ti y también para Annie Morrison.

Pero no digas nada a nadie sobre el asunto.”

—Es muy del tipo de cosas que esperaba —dijo él—. Por supuesto, aún no sabemos cuáles pudieron haber sido las relaciones entre Alec Cunningham, William Kirwan y Annie Morrison. Los resultados muestran que la trampa fue hábilmente tendida. Estoy seguro de que no puedes dejar de estar encantado con los rastros de heredad que se muestran en las "p" y en las colas de las "g." La ausencia de los puntos en las "i" en la escritura del hombre viejo también es muy característica. Watson, creo que nuestro tranquilo descanso en el campo ha sido un éxito distintivo, y ciertamente regresaré mucho más vigoroso a Baker Street mañana.

1. [Los hacendados de Reigate - Arthur Conan Doyle](#)
2. [Los hacendados de Reigate](#)

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB